

cuando todos tenían una sola opinión, ya fuese en la doctrina religiosa ó en las prácticas religiosas, y que la diversidad de opiniones, de credos, y de prácticas, era una fuerza para un pueblo y para un gobierno, si todos fueran tolerados igualmente. La individualidad tiene que ser sostenida; porque sin individualidad no puede haber libertad. La individualidad tiene que ser tratada con cariño y respetada como la raíz de todo lo bueno. « Hasta el mismo despotismo no produce sus peores efectos, dice Juan Stuart Mill, mientras en él exista la individualidad; y cualquiera cosa que destruya la individualidad es despotismo, cualquiera que sea el nombre que se le dé, y ya sea que profese el ejecutar por fuerza la voluntad de Dios o los preceptos de los hombres. »

Jeremías Táyler termina su apología de la tolerancia cristiana con un apólogo oriental. Estaba Abrahán sentado á la puerta de su tienda, cuando se presentó ante él un anciano encorvado que se apoyaba en su bastón. Abrahán le invitó á que entrara en su tienda, y le sirvió de comer, y observando que no invocaba la gracia, le preguntó por qué no adoraba al Dios del cielo. Sólo adoro el fuego y no reconozco otro Dios. Enojóse Abrahán, y echó fuera de su tienda al anciano. Entonces llamó Dios á Abrahán y le preguntó dónde estaba el extranjero. « Le arrojé de aquí porque no te adoraba. » Dios le contestó : « Yo le he sufrido cien años, aunque me deshonraba, y tú no has querido soportarle una sola noche? » Después de esto refiere la historia, lo volvió á traer Abrahán, le agasajó con su hospitalidad y le dió sabias instrucciones.

Hasta los grandes hombres que han trabajado por adelantar la causa de la ciencia han sufrido los peligros del martirio. En tiempos anteriores apenas si hubo un gran descubrimiento en la astronomía, en la historia natural, ó en las ciencias físicas, que no fuera tenido como una causa en favor de la herejía. Bruno fué quemado vivo en Roma por exponer la filosofía falsa pero de moda en su tiempo. ¡ Los discípulos de Copérnico fueron estigmatizados como heréticos! Después que Lipperley de Middleburgo, en Holanda, había inventado el telescopio,

tomó la idea Galileo, y construyó un telescopio para sí, con el que subió á la torre de San Marcos, en Venecia, para observar los cuerpos celestes. Lo dirigió hacia los planetas y las estrellas fijas, que observó con « increíble encanto. » Descubrió los satélites y anillos de Júpiter, las fases de Venus y las manchas del sol. Anotó escrupulosamente las revoluciones que le venían directamente del firmamento. Continuó con sus observaciones, y durante su vida descubrió más de lo que podrá hacerlo cualquier astrónomo futuro.

Pero todo esto estaba en desacuerdo con las ideas de su época. La inquisición se encargó de arreglar la ciencia astronómica. Galileo fué llamado á Roma y citado ante los inquisidores para responder de las doctrinas heréticas que había publicado. Fué obligado á renunciar á sus opiniones; tuvo que declarar que abandonaba la teoría de la rotación de la tierra al rededor del sol. La inquisición agregó en el *Index* las obras de Galileo, de Képler, y de Copérnico. Galileo se volvió á animar, y publicó una nueva obra, en forma de diálogo, defendiendo sus doctrinas. Fué citado ante la inquisición, y obligado de rodillas á renunciar y á abjurar su glorioso descubrimiento. Galileo carecía del valor de sus opiniones. Pero era un anciano de setenta años cuando renegó de sus creencias. Galileo no habría sido perseguido si se le hubiera podido refutar. Con todo, subsistió la verdad, y los hombres fueron puestos en la verdadera senda de observación para todos los siglos venideros.

De su condenación dijo Pascal : « En vano habéis (los jesuitas) procurado contra Galileo un decreto de Roma, condenando su opinión sobre el movimiento la de tierra. Es evidente que eso jamás probará que está quieta; y si nosotros tenemos pruebas inerrables que demuestran que gira, ni toda la humanidad entera impediría que gire, ni á sí mismo podrá impedirle girar con ella. » La verdad podrá andar mucho tiempo oculta debajo de tierra, pero es seguro que al fin se abrirá paso hasta la superficie, y en proporción á los obstáculos que encuentre, y al tiempo de su lucha, están la extensión y la seguridad de su triunfo.

La vida de Képler fué tan triste como la de Galileo. Siendo un pobre muchacho, fué admitido en la escuela del monasterio de Maulbroom y llegó á ser un sabio. Admitió la cátedra astronómica de Gratz, en Estiria, y se consagró al estudio de los planetas. Después fué nombrado matemático del emperador; aunque su sueldo era insuficiente para mantenerse y para el sustento de su familia. En Lintz fué excomulgado por los católicos romanos á causa de algunas opiniones que había emitido respecto á la transubstanciación. « Juzgad, decía á Hoffmann, cuánto os puedo ayudar en un lugar donde el sacerdote y el inspector de escuela se han unido para manchar mi reputación con el estigma público de herejía, porque en toda cuestión tomo el lado que me parece conforme con la voluntad de Dios. »

Ofreciósele entonces á Képler la cátedra de matemáticas de Bolonia, pero rehusó, teniendo presente la retractación y condena de Galileo. « Podría aumentar notablemente mi fortuna, decía, pero viviendo cual alemán entre alemanes, estoy acostumbrado á una libertad de palabra y de proceder que, si perseverara en ello en Bolonia, me atraería si no un peligro, por lo menos notoriedad, y podría exponerme á la sospecha y maldad de partido. »

En 1619 descubrió Képler la célebre ley que será siempre memorable en la historia de la ciencia, « que los cuadrados de los tiempos periódicos de los planetas son entre sí lo que los cubos á sus distancias. » Reconoció con transporte la verdad absoluta de un principio que por espacio de diez y siete años había sido objeto de sus incesantes trabajos. « El dado está tirado, dijo, el libro está escrito para ser leído ahora y por la posteridad; me es indiferente que sea ahora ó después. Bien puede esperar un siglo para encontrar un lector, como Dios ha esperado seis mil años para hallar un observador. »

El siguiente libro que publicó Képler, « *el epitome de la Astronomía de Copérnico*, » fué condenado en Roma y puesto en el *Índex*. Al mismo tiempo fué sorprendido por una aflicción mucho mayor. Su madre, de sesenta y nueve años de edad, fué arrojada á una prisión, condenada á sufrir tortura.

é iba á ser quemada como bruja. Képler voló á su socorro, y llegó á su hogar en Suabia á tiempo para salvarla de otros castigos posteriores. Pero siguieron otras calamidades. Los Estados de Estiria ordenaron que fueran quemados públicamente todos los ejemplares de su *Alemanaque* para 1624. Su biblioteca fué sellada por orden de los jesuitas, y él obligado á salir de Lintz á causa de la insurrección popular que existía entonces. Fuése á Sagán en Silesia, bajo la protección de Alberto Wallenstein, duque de Friedland, y poco después murió de una enfermedad del cerebro, resultado de su excesivo estudio.

El mismo Colón puede ser considerado, desde el punto de vista del martirio. Sacrificó su vida al descubrimiento de un nuevo mundo. El pobre hijo del cardador de lana de Génova, tuvo que luchar por largo tiempo y sin éxito con las miserables condiciones necesarias para la realización de su idea. Se atrevía á creer, por fundamentos que satisfacían á su razón, en aquellos en que el mundo no creía, de que se mofaba, y escarnecía. Creía que la tierra era redonda, mientras el mundo creía que era llana como un plato. Creía que todo el círculo de la tierra, fuera del mundo conocido, no podía estar ocupado tan sólo por el mar; sino que la probabilidad era que continentes de tierra estuviesen contenidos en él. Era sin duda una probabilidad; pero las más nobles cualidades del alma se manifiestan por la fuerza de las probabilidades que aparecen insignificantes á espíritus menos atrevidos. En la opinión de sus compatriotas pocas cosas había menos probables que el que Colón pudiera sobrevivir á los peligros de mares desconocidos, y desembarcar en las costas de un nuevo hemisferio.

Colón era no solamente un héroe práctico sino que lo era también intelectual. Fué de un Estado á otro, insistiendo con los reyes y emperadores para que emprendieran la primera visita de un mundo que su instruido espíritu ya discernía en los lejanos mares. Primero vió á sus compatriotas en Génova, pero no halló quien le quisiera ayudar. Fuése entonces á Portugal, y presentó su proyecto á Juan II, quien lo sometió á su

consejo. Fué rechazado como extravagante y quimérico. Sin embargo, el rey trató de robar la idea de Colón. Fué enviada una escuadra en la dirección indicada por el navegante, pero contrariada por tormentas y borrascas, regresó á Lisboa después de cuatro días de viaje.

Colón regresó á Génova, y volvió á renovar sus proposiciones á la República, pero sin éxito. Nada le desanimaba. El hallazgo del nuevo mundo era el irrevocable propósito de su vida. Fué á España, y desembarcó en el pueblo de Palos, en Andalucía. Fué por casualidad á un convento de frailes franciscanos, llamó á la puerta y pidió un poco de pan y agua. El prior recibió con agrado al visitante, le hospedó, y supo por él la historia de su vida. Le animó en sus esperanzas, y le proporcionó ser recibido en la corte de España, que estaba entonces en Córdoba. El rey Fernando le acogió bondadosamente, pero antes de llegar á una determinación, deseaba someter su proyecto ante un consejo compuesto de los hombres más sabios de Salamanca. Colón tenía que contestar no solamente á los argumentos científicos que se le opinian, sino también á las citas de la Biblia. El clero español declaró que la teoría de los antipodas era contraria á la fe. La tierra, decían, era un inmenso disco plano; y si hubiera un nuevo mundo más allá del océano, entonces no podrían descender todos los hombres de Adán. Colón fué despedido por considerársele loco.

Empeñado siempre en su idea, escribió al rey de Inglaterra y al rey de Francia, á ambos sin resultado ninguno. Por fin, en 1492, fué presentado Colón á la reina Isabel de España, por Luis de San Ángel. Los amigos que le acompañaban defendieron su causa con tal vigor y convicción, que la reina accedió á sus deseos, y prometió hacerse cargo de la empresa propuesta. Fué aprontada una escuadrilla de tres carabelas, de las cuales tan sólo una tenía cubierta, y Colón se hizo á la vela en el puerto de Palos el día 3 de agosto de 1492. Después de su larga lucha contra la ignorancia de los hombres, tenía ahora que contender contra las supersticiones de los marinos. Tuvo que sostener una larga y penosa lucha. Los mares desco-

nocidos, sus peligros, el temor de que el hambre los acosara, el disgusto abrumador del silencio del vigía, los repetidos chascos de su esperanza de ver tierras, se convertían á veces en verdadero motín, que Colón siempre lleno de esperanza, tenía el valor de sofocar. Por fin, después de setenta días de navegación, se descubrió tierra, y Colón puso su planta en la isla de San Salvador. En seguida fueron descubiertas Cuba y la Española. Tomóse posesión de ellas en nombre del rey y de la reina de España. En esta última isla se construyó un fuerte. Dejóse en ella un comandante y algunos hombres, y entonces regresó Colón á España para dar cuenta de su descubrimiento.

El entusiasmo con que fué recibido fué inmenso; su fama era grande, no solamente en España, sino en todo el mundo. No permaneció mucho tiempo en España. Volvió á salir para América, pero esta vez al mando de catorce carabelas y tres buques grandes, llevando en todo como 1,200 hombres. Tomó parte en la expedición cierto número de nobles. Fueron descubiertas en esta ocasión Guadalupe y Jamaica, y exploradas Santo Domingo y Cuba. Pero no aparecía el fabuloso oro que esperaban encontrar los nobles. Formáronse facciones que terminaron en sangre. En vano se esforzaba Colón en reanimar el entusiasmo de ellos, pues éstos le miraban con desdén y como autor de su misma desventura.

Colón volvió por segunda vez á España, pero no fué recibido con el mismo aplauso anterior. Los soberanos españoles le recibieron con interés, pero no sin un poco de frialdad. Vió que se levantaban contra él celos bajos y envidiosos, de parte de los cortesanos. Sin embargo, se emprendió otra expedición. Seis grandes buques volvieron á llevar á Colón y sus compañeros al nuevo mundo. En esta ocasión fué descubierta la tierra firme de América y otras islas en el mar Caribe. Entre tanto se habían sublevado los naturales de San Domingo contra los españoles, quienes los trataban con gran crueldad. También pelearon entre sí los colonos españoles, y se hacían guerra incesante unos á otros. Muy afligido Colón por estos hechos,

despaché mensajeros al rey de España, deseando que le mandara á Santo Domingo un magistrado y un juez.

Por instigación de algunos celosos y hostiles miembros de la corte, mandó el rey á don Francisco de Bobadilla, provisto de poderes plenos y nombrado gobernador del nuevo mundo. No fué un juez, sino un verdugo. La primera cosa que hizo al pisar la tierra fué poner grillos á Colón y á sus dos hermanos. Comisionó á Alonso de Villego para conducir á los hermanos á España. Colón fué cargado de cadenas como un malhechor, y puesto á bordo de un buque. Durante la travesía se compadeció Villego de la suerte del gran navegante, y le propuso quitarle las cadenas. « ¡No! dijo Colón, quiero conservarlas como un recuerdo de la recompensa dada á mis servicios. » « Estas cadenas, dijo su hijo Fernando, las he visto muchas veces en el gabinete de mi padre; quien ordenó que á su muerte fueran enterradas con él. »

Al regreso del buque á España, avergonzados el rey y la reina de la conducta de Bobadilla, ordenaron que los presos fueran puestos en libertad. Colón estaba disgustado con el trato que le daban. « La sociedad, dijo, me ha entregado á mil conflictos, y á todos he resistido hasta hoy; no me podía defender, ni con armas ni con la prudencia. ¡Con qué barbarie me han tratado en todo! »

Sin embargo, su espíritu vehemente y misteriosamente ilustrado, continuaba cavilando sobre el inmenso océano. Obtuvo los medios para hacer un cuarto viaje, que según creía, enriquecería efectivamente á España, país al que hasta entonces había servido tan sin recompensa. Esta vez descubrió la isla Guanaja. Siguió las costas de Honduras, Nicaragua y Panamá. Desembarcó en Veraguas, y encontró las ricas minas de oro de estas regiones; trató de establecer una colonia en el río Belén; pero habiéndose levantado una tormenta fueron dispersados sus buques, y se vió obligado á hacer vela hacia Santo Domingo para componerlos. Ya se estaba muy viejo y gastado por las fatigas y los sufrimientos. Se hallaba enfermo y agobiado cuando se amotinaron sus marineros y trataron de

asesinarle. No pudo resistir, pues no tenía uno solo que le ayudara. Pero de pronto se vió tierra, y entró salvo en Santo Domingo.

Poco después se hizo á la vela para España. Fué su último viaje. Tenía entonces unos setenta años. Después de su « larga peregrinación de infortunios, » se halló contento con poder volver por fin á España. Esperaba alguna recompensa, siquiera fuese lo suficiente para poder conservar unidos el cuerpo y el alma. Pero fueron vanos su reclamos. Vivió aún algunos meses después de su regreso, pobre, aislado y herido de una enfermedad mortal. Hasta la proximidad de su muerte apenas era más que un mendigo tolerado. Tuvo que quejarse de que su casaca le había sido robada y vendida, que no tenía hogar propio y que carecía de lo necesario para pagar su cuenta de hostería. Entonces fué cuando faltó de aliento pronunció estas palabras, sublimes en su conmovedora sencillez: « Yo, natural de Génova, descubrí en el lejano occidente el continente é islas de la India. » Expiró en Valladolid el 20 de mayo de 1506, siendo sus últimas palabras: « Señor, en tus manos entrego mi espíritu. » Así murió el gran mártir del descubrimiento. Su derrota fué una victoria. Luchó noblemente, y murió con firmeza.

Algunos hombres están dispuestos á entregarse generosamente á la prosecución de un gran propósito. Los mártires, los descubridores, los inventores de los primeros tiempos, los exploradores de la civilización — todos aquellos que trabajan por la verdad, la religión, el patriotismo — son la esperanza desamparada de la humanidad. Viven, trabajan y mueren sin esperanza ninguna de recompensa personal. Para ellos es suficiente saber cuál es el trabajo, y el ejecutarlo con la práctica del poder moral. El hombre de energía y de genio es guiado por su concepción de las más amplias y elevadas tendencias. Puede ser contrariado y desanimado; las dificultades podrán rodearle; pero está sostenido por un valor invencible, y si muere, deja tras de sí un nombre que todo hombre venera. La muerte ha fructificado su vida, y la ha hecha más fructífera.

aún para los demás. « Cuando Dios permite que perezcan sus ministros por su evangelio, dije Broussón, predicán más alto desde sus tumbas, de lo que lo hicieron durante sus vidas. » « Aquello que sembramos, dijo Jeremías Táylor, en los momentos é instantes desocupados de unos pocos años, crece en coronas y cetros en una eternidad feliz y gloriosa. »

La dificultad y el sufrimiento ¿no son necesarios para evocar las más elevadas formas del carácter, de la energía y del genio? En todo destino entra el esfuerzo y el sufrimiento, la lucha y la sumisión, la energía y la paciencia. Hay una virtud en el sufrimiento pasivo que á menudo es más grande que la gloria del éxito. Padece, sufre y conlleva, y sin embargo aun tiene esperanza. Sale al encuentro de las dificultades con una sonrisa, y se esfuerza por permanecer erguido bajo las más pesadas cargas. El padecimiento, sufrido con paciencia, es uno de los más nobles atributos del hombre. En esa cualidad hay algo de tan noble, que lo eleva á las más altas regiones del heroísmo. Decía Milton : « Quien mejor puede sufrir, puede obrar mejor. »

Es un error suponer que pueda haber una época en que no haya demanda de virtud heroica, ó que las épocas de los mártires, ó los tiempos de las luchas á muerte contra la tiranía son los únicos que necesitan la práctica de esta virtud. Resistir al curso diario de una generación que ha perdido el sentido del alto destino del hombre, y permitido que el placer usurpe el lugar del deber, puede exigir tanto heroísmo real como el que se necesita para resistir el despotismo, ó mirar de frente al hacha del verdugo

Hasta en la guerra es el sufrimiento una virtud tan elevada como el valor; y ahora que la guerra se ha hecho científica, ha ocupado el sufrimiento el puesto más elevado. El soldado bien disciplinado tiene que estar de pie en el lugar que se le ha designado. « ¡Firmes! » es la orden. Hace frente al peligro sin moverse, mientras que las balas esparcen la muerte á su alrededor. Cuando avanza, tiene aún que sufrir. No puede hacer fuego hasta que se ha dado la voz de mando. Llega en-

tonces la carga. Pero no es sólo en la acción donde el sufrimiento es mayor, lo es en la retirada necesaria quizá por la derrota. Mirada en este concepto, la retirada de los diez mil de Jenofonte brilla más que las conquistas de Alejandro; y la retirada de sir Juan Moore á la Coruña, fué tan grande como las victorias de Wéllington.

Hay muchos hombres que fueron martirizados en defensa de su país. Hay en Francia una historia antigua que á la verdad es una historia antigua en todas partes. « Es una vergüenza, dijo Clovis, al ver los ricos campos del otro lado del Garona, que esos territorios pertenezcan á villanos que tienen un credo diferente del nuestro. ¡Adelante! ¡tomemos posesión de su país! »

Cuando Jerjes trató de conquistar á Grecia, marchó Leonidas con trescientos hombres al paso de las Termópilas, para resistir al inmenso ejército persa. Tuvo lugar un feroz combate; gran número de invasores fueron muertos. Leonidas y su pequeña banda de héroes fueron destruidos, pero Grecia se salvó.

No menos valeroso que Leonidas fué Judas Macabeo, « el martillador. » Con su desamparada esperanza de ochocientos hombres resistió el ataque de veinte mil sirios que habían invadido la Tierra Santa. Judas hizo pie en Eleasah. Sus compañeros trataron de persuadirle que se retirase. « Dios nos libre, contestó, que yo tenga que huir de ellos. Si ha llegado nuestra hora, muramos virilmente por nuestros hermanos, no manchemos nuestra honra. » La batalla fué reñida y feroz; Judas y sus hombres pelearon valerosamente, y fueron muertos desde el primero hasta el último, con la cara hacia el enemigo. No murieron en vano. Los judíos se reanimaron; rechazaron al invasor, el templo fué reedificado, y la Judea volvió á ser el país más próspero del Oriente.

Los romanos conocían también el valor del heroísmo y el sacrificio en favor de su país. Pero hablemos de los tiempos modernos. Pequeños países, de población comparativamente pequeña, han conseguido mantener y conservar sus libertades

á despecho de enormes dificultades. No es el tamaño de un país, sino el carácter de su pueblo, lo que le da su valor genuino. Vemos hombres que están continuamente pidiendo libertad, pero que nada hacen para merecerla. Permanecen inertes, desidiosos, y egoístas. Hay un titulado patriotismo que no tiene más dignidad en sí que el aullar de los lobos. El verdadero patriotismo es de otra clase. Está fundado sobre la honradez, la veracidad, la generosidad, la abnegación y el verdadero amor de la libertad.

Ved, por ejemplo, á la pequeña república Suiza, que por centenares de años ha sido estrechada por gobiernos tiránicos. Pero sus habitantes son valientes, sobrios, honrados, y se ayudan á sí mismos. No han querido tener amos, sino que se han gobernado por sí mismos. Eligieron sus representantes, como en Apenzell, levantando las manos en los mercados públicos, como señal de votación. Proclamaron la libertad de conciencia, y Suiza, al igual de Inglaterra, ha sido siempre el refugio de los perseguidos por causas de conciencia.

No fué sin pasar por penosas luchas cómo Suiza conquistó su independencia. Los jefes de estos hombres valientes se sacrificaron por el bien de su patria. Tomad, por ejemplo, el caso de Arnoldo de Winkelried. En 1481 invadieron los austriacos la Suiza, y un número de ciudadanos relativamente pequeño se propuso resistirles. Cerca del pueblo de Sempach se vió que los austriacos avanzaban en un cuerpo sólidamente compacto, presentando una línea unida de lanzas. Los suizos les salieron al encuentro, pero sus lanzas eran más cortas, y siendo mucho menor en número, se vieron obligados á ceder. Al observar esto, Arnoldo de Winkelried, viendo que todos los esfuerzos de los suizos para romper las filas enemigas habían sido infructuosos, gritó á sus compatriotas: « ¡Voy á abrir una senda para la libertad! proteged, queridos camaradas, á mi mujer y á mis hijos! » Se abalanzó al enemigo, y abrazando tantas lanzas como podía abarcar, las enterró en su pecho. Cayó, pero se había abierto una brecha, y los suizos se arrojaron por ella y consiguieron una victoria grandísima. Arnoldo de Winkelried

murió, pero salvó á su país. La pequeña república de las montañas conservó su libertad. La batalla tuvo lugar el 9 de julio, y hasta hoy día se reúne el pueblo anualmente para celebrar el haberse librado de los austriacos, triunfo conseguido por el sacrificio voluntario de su caudillo.

Pero la mujer suiza puede ser tan valiente como el hombre. Las mujeres atreviesan el peligro moral y físico con un valor igual al de los hombres más valientes. Son preeminentes en el sufrimiento constante, y á veces son iguales á los hombres en un valor correspondiente para hacer frente al peligro repentino y violento. El adagio lo dice: « los valientes son hijos é hijas de los valientes, sencillamente porque son criados por los valientes y están impregnados con su ejemplo. »

En 1662, casi doscientos años después de la batalla de Sempach, quiso el emperador de Austria hacerse dueño de los Grisones, para concluir con la religión protestante y desterrar á sus sacerdotes. Su ejército apareció primero en el valle de Pretigau. El valle está encerrado por montañas elevadas. Es rico en pastos y aun es célebre por su buen ganado. Los hombres se hallaban en las crestas de los montes, cuidando sus ganados y majadas. Sólo las mujeres habían quedado; y en cuanto oyeron la aproximación de los austriacos entre Klosters y Lauquart, se apoderaron de las armas de sus esposos, picas, guadañas y chuzos, y se precipitaron á su encuentro. Hay pasajes en Suiza donde unos cuantos hombres ó mujeres bien armados pueden rechazar á mil. Las mujeres vencieron, con la ayuda de piedras arrojadas desde las cumbres sobre el enemigo. Los austriacos fueron rechazados. Por supuesto que los hombres eran tan valientes como las mujeres. ¡Poco tiempo después fué asaltado y tomado el castillo de Castel, frente á Fideris, por los campesinos armados solamente con garrotes! Á consecuencia de la valerosa defensa de las mujeres, continúa siendo una regla establecida en el valle, que las mujeres entran primero para recibir la comunión, y después siguen los hombres.

Tales son los hombres y las mujeres que veneran los suizos:

Tell, el intrépido ballestero, y Winkelried, el lancero. Aunque el primero pertenece probablemente á la tradición <sup>1</sup>, es el segundo un hombre de la historia. La casa en que vivía se ve aún en Stanz, en Unterwalden; su cota de malla está aún en el Rathhaus; y una estatua le ha sido levantada en la plaza pública, con el haz de lanzas en sus brazos.

Haceu nos cinco siglos que sufrió Inglaterra una derrota atroz en el Norte, que después se vió haber sido uno de sus más grandes beneficios. Escocia era pobre, consistiendo principalmente de montañas y de ciénagas. No tenía la cuarta parte de la actual población de Londres <sup>2</sup>. Los habitantes vivían muy apartados. El país estaba inmediato á Inglaterra, hallándose siempre abierto á la invasión. No estaba protegido, como Irlanda, por un canal marítimo ancho y profundo. Además, no era una nación unida, ni eran sus habitantes de la misma raza. En el norte y el oeste estaban los celtas ó *highlanders*; en el sur y el este estaban los descendientes de los sajones, los anglicanos y los normandos. Los clanes del Highland guerreaban entre sí. No daban auxilio alguno á los *lowlanders* en sus guerras por la libertad. Roberto Bruce casi fué muerto por los Macdougall en su huida á través de Lorne.

Wallace precedió á Bruce. El Lowland fué conquistado por Eduardo I. Todas sus plazas fuertes estaban en manos de los ingleses. Wallace se esforzaba por levantar el espíritu del patriotismo en los condados del oeste. Á pesar de ser un hombre de gran valor personal, no era un gran guerrero. Nunca pudo levantar un número suficiente de hombres para dar una batalla campal. Fué derrotado en Falkirk. En verdad, fué un hombre que fracasó. En esa época, era la desamparada esperanza de Escocia. Con todo, su fe en el porvenir de su país sostuvo el espíritu nacional mucho más que las mismas victorias de su sucesor, Roberto Bruce. Al fin fué vendido Wallace,

1. Hay varios Tell: uno dinamarqués, otro de Finlandia y otro suizo. Hay Tell en Oriente. Es probable que la historia de Tell sea un mito indo.

2. La población de Escocia en la época de la Unión, en 1707, sólo era de un millón de habitantes.

y entregado á los ingleses. Se le condujo á Londres, y la víspera de San Bartolomé fué llevado en un trineo desde la Torre hasta Smithfield, donde fué colgado, y descuartizado estando aún vivo. Así murió el mártir de la libertad. No fué inútil su vida. Inspiró á sus compatriotas el amor de la libertad, y llegó día en que pudieron seguir con éxito su ejemplo.

Roberto Bruce era descendiente de un normando. Era medio inglés y medio escocés, y por su madre, tenía derecho á la corona de Escocia. Después de muchas aventuras atrevidas y de rudos peligros sostenidos por una conciencia fuerte y perseverante, y un amor ardiente por la libertad, consiguió Bruce reunir un ejército patriota, con el cual pudo hacer frente á los ingleses en Bannockburn, en 1314. Antes que principiara la batalla, se arrodilló para rezar el ejército escocés. Eduardo II, estaba mirándolo. Volvióse hacia su caballero favorito, y le dijo: « ¡Argentine, los rebeldes ceden! ¡Piden gracia! — Es cierto, señor, contestó, pero *no de vos*. » La batalla terminó no solamente en una victoria, sino con una derrota.

Los embajadores ingleses en la corte del papa indujeron á Juan XXII á que excomulgara á Roberto Bruce, y que dejara á su reina bajo un entredicho eclesiástico. Al entredicho se le opuso un heroico parlamento que tuvo lugar en Arbroath en 1320. Ocho condes y veinte y un nobles pusieron sus nombres en una carta del parlamento al papa, la cual, por los principios que sostenía, era digna de cualquier documento de la historia europea. En ella se le pedía al papa que exigiese del rey inglés que respetara la independencia de Escocia y que se ocupara de sus propios asuntos. « Mientras queden con vida cien de nosotros, dicen los firmantes, jamás y por ningún sentido queremos ser sometidos á los ingleses. No es por la gloria, ni las riquezas, ni los honores, por lo que combatimos, sino únicamente por la libertad, que ningún hombre bueno pierde sino con su vida <sup>1</sup>.

Aunque se siguieron numerosas guerras, y aunque se hicie-

1. *Border, History and Poetry*, por el profesor Weith; página 277.

ron algunas tentativas por parte de la nación más fuerte para imponer nuevas formas de religión sobre la nación más débil, el resultado fué siempre el mismo. La historia de Escocia ha sido una protesta perpetua contra el despotismo. Su lección es, primero, el poder del individualismo, y después los derechos de la conciencia. Hubo otra gran derrota que experimentó Inglaterra por esa misma época, la cual aunque mirada como deplorable, resultó sin embargo, ser un beneficio tan grande como el de Bannockburn. Fué el sitio de Orleáns, del cual dice el doctor Arnold que fué uno de los casos decisivos en la historia de una nación<sup>1</sup>. Los ingleses recorrían toda la Francia. Habían ganado muchas batallas; habían hecho su entrada en París y estaban sitiando á Orleáns. Francia estaba en un estado deplorable. Los principales nobles abandonaron al rey, Carlos VII, y cada uno se esforzaba para crearse una pequeña soberanía propia. Las ciudades se entregaban sin hacer resistencia alguna. Los impuestos se cobraban á la fuerza, y hasta el mismo rey apenas tenía con que vivir de ellos, y mucho menos con que mantener su ejército. El pueblo había perdido la confianza en su rey y en sus nobles, y ansiaba que Dios hiciera algo para redimir al país.

¡Hecho singular! ¡cómo una pequeña circunstancia puede cambiar los destinos de una nación! Fué una mujer, una campesina joven, que hilaba y tejía en su casa y cuidaba del ganado en el campo, la que salió en ayuda de Francia. Juana de Arco había nacido en la villa Domremy, en Lorena. Era

1. He aquí las palabras del doctor Arnold (*Vida y cartas*, por el deán Stanley): « El sitio de Orleáns es uno de los casos decisivos en la historia de las naciones. Si se hubiera establecido el dominio inglés en Francia, ningún hombre puede decir cuál habria sido la consecuencia para Inglaterra, que probablemente hubiera llegado á ser una dependencia de Francia. Tan poco depende la prosperidad del pueblo del éxito en la guerra, que, dos de las mayores derrotas que jamás hayamos sufrido, han sido nuestros dos mayores beneficios: Orleáns y Bannockburn. Es curioso, también, que en el reinado de Eduardo II, resultó ser una maldición la victoria obtenida sobre los irlandeses en Athunree asi como nuestra derrota por los escoceses se ha convertido en un beneficio. Si los irlandeses hubieran quedado independientes, podían después haberse unido á nosotros como Escocia, y si Escocia hubiera sido sometida, habria sido para nosotros otra maldición como Irlanda. »

sencilla, virtuosa y religiosa. Siendo de temperamento nervioso, soñaba en su estado de exaltación, y oía palabras solemnes que se le dirigían. Se le dijo que « fuera en auxilio del rey de Francia, » y se le aseguró « que restauraría su reino. » El capitán Baudricourt, que fué informado de sus designios, creyó al principio que estaba loca. Al fin se impresionó tanto con su anhelo, que ofreció proporcionarle una escolta de hombres armados, y llevarla hasta donde estaba el rey. Viajó á través de ciento cincuenta millas de un país ocupado por los ingleses, y por fin llegó en salvo hasta el rey y la corte.

El rey no deseaba otra cosa sino un auxilio cualquiera, im-potándole poco de dónde viniera. Los obispos y sacerdotes la creyeron bruja é inspirada por el diablo. Á pesar de eso, la envió el rey á Orleáns, y ella llegó á la ciudad sitiada. Los ingleses ya principiaban á desanimarse. Habían permanecido delante de Orleáns durante el invierno, y sus tropas disminuían rápidamente. Después de la muerte del conde de Salisbury, se habían separado del campo muchos de los hombres de armas que se habían alistado. Los borgoñeses, que estaban aliados á los ingleses fueron llamados por su duque. Sólo quedaban dos á tres mil hombres de tropas inglesas, y éstos estaban distribuidos en una docena de castillejos, entre los cuales no había enlace. « Al leer, dice Michelet, la formidable lista de capitanes que se arrojaron sobre la ciudad con sus fuerzas, no parece después de todo tan milagrosa la salvación de Orleáns. »

Juana de Arco iba á la cabeza del ataque contra los ingleses en los castillejos. Fueron arrojados de ellos, aunque en el asalto del último (el dé *Tournelles*), fué herida la doncella. Pero no estaba ella satisfecha con haber hecho levantar el sitio de Orleáns. Los ingleses tenían que ser expulsados del país. El ejército, bajo su dirección, siguió al enemigo á Patay, donde otra vez volvieron á ser derrotados. Después siguió la coronación de Carlos VII, en Reims, como lo había predicho. « La originalidad de la doncella, dice Michelet, el secreto de su éxito, no era su valor ó sus visiones, sino su buen sentido. Al



llevar á Carlos VII directamente á Reims y hacerle coronar, ganaba sobre los ingleses la resolución de su coronación.»

Había realizado y concluído lo que se había propuesto hacer, ahora deseaba regresar á casa de sus padres y á sus rebaños. Pero el rey negó su permiso. Había visto cómo Juana había vuelto á traer el éxito á las filas del ejército francés. Por eso quería su presencia entre los soldados. Desde el instante ya no tenía en sí la misma confianza; se sentía irresoluta é intranquila, y aunque continuó combatiendo, fué sin resultados decisivos.

Habiéndose coligado otra vez los ingleses y los borgoñeses, pusieron sitio á Compiègne, en el río Oise. Ya se habían declarado los ciudadanos á favor de Carlos VII, y la doncella entró en el acto en la plaza. En el mismo día se puso al frente de una salida, y casi había sorprendido á los sitiadores, pero fué rechazada hasta las puertas de la ciudad, donde fué rodeada por los franceses (borgoñeses) arrancada de su caballo y hecha prisionera. Fué entregada por sus compatriotas á los ingleses, quienes la entregaron á la inquisición de Rouen para ser juzgada. Presidía el vicario, y era ayudado por el obispo de Beauvais, el obispo de Lisieux y otros sacerdotes franceses. Estevet, uno de los canónigos de Beauvais, fué nombrado fiscal de la causa.

El soberano, Carlos VII, que debía su trono al valor de la joven entusiasta, no dió paso alguno para salvarla. La Sorbona, el gran tribunal teológico, fué consultado, y decidió que « la muchacha era completamente del demonio, » y que debía ser tratada de conformidad. Los borgoñeses, franceses, no protestaron contra el castigo espantoso que iba á recibir. El procedimiento usual en aquellos tiempos era quemar á todas las brujas y hechiceras poseídas por el demonio, y Juana de Arco fué sentenciada á ser quemada viva. Su martirio tuvo lugar en Rouen, en el sitio conocido ahora por Plaza de la Doncella, no muy distante de la calle del Havre, donde se ha erigido una estatua á su memoria.

« Ha habido mártires, dice Michelet, la historia muestra un sin número, más ó menos gloriosos. El orgullo ha tenido

sus mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de controversia. Ninguna época ha existido sin mártires militantes, quienes, sin duda alguna, murieron de buen modo cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables á nuestro caso. La santa muchacha no es de éstos; tenía un signo propio, la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Tenía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia. Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en la más ruda lucha; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó á la guerra el espíritu de Dios.<sup>1</sup> »

El pueblo francés no ha olvidado á Juana de Arco. Muchas estatuas han sido levantadas á su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación á otra entre los soldados franceses. Cuando un regimiento marcha por Domremy, siempre hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido tanto, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país á que sirvió tan fielmente.

1. Michelet, *Histoire de France*, lib. viii, cap. 3.